

Oficios
Juan Carlos Márquez

edei
escuela de escritores

Editorial Castalia



Oficios reúne catorce relatos que fueron escritos con una pluma lúdica y cuyo hilo conductor es un amasijo de originalidad, sarcasmo y ternura. Un cadáver que no encuentra dónde caerse muerto, el despotismo de un narrador que conduce a sus lectores por el laberinto de una judería, un faquir y una geisha traídos como *souvenirs* de exóticos viajes, un agente de

mudanzas que afronta el encargo inquietante y misterioso de un pintora, una familia del desarrollismo español que acoge bajo la mesa de su cocina a un bracero, un hombre de negocios y un taxista que mantienen un duelo filosófico durante una tormenta.

Todos estos, y muchos más, son los personajes que protagonizan este libro de historias variopintas. Hombres y mujeres, en definitiva, obligados a bregar día tras día contra los otros, contra ellos mismos y contra las vidas que les han tocado vivir; pero que, pese a las dificultades, no arrojan la toalla e incluso, a veces, se permiten estallidos de esperanza.

Juan Carlos Márquez (Bilbao, 1967)

Ha ejercido el periodismo en diversos medios, pero en la actualidad es profesor de Relato, Escritura creativa y Redacción y empresa. En el último lustro ha obtenido una decena de galardones literarios, entre ellos el Premio Unión Latina del Concurso Internacional Juan Rulfo 2003 y el Certamen Rafael González Castell de Relatos 2005. Así mismo, ha publicado relatos en diversas antologías, diarios y revistas.



En 2007 fue antologado, junto con otros once autores, en el libro *Parábola de los talentos. Relatos para iniciar un siglo*, de Gens Ediciones.

En 2008, además de *Oficios*, premio Tiflos de Cuento y su estreno en solitario, ha aparecido publicado su segundo libro de relatos, *Norteamérica Profunda*, finalista del V Premio Seternil al mejor libro de cuentos publicado en España.

Faquires, decoradoras de interior y geishas

Juan Carlos Márquez

Piensen en un hombre de ojos hundidos y clavículas salientes. En la cabeza, el clásico turbante Sikh; por única vestimenta, un pañal níveo; bajo el espinazo, un colchón de clavos. Sí, eso es, piensen en un faquir. Su nombre pudiera ser Vikram, Rohit o Gopal; pero mejor llámenlo Rajiv, porque los otros suenan a pomada contra las erupciones o a pueblo fronterizo con su gasolinera abandonada, su perro con cojera y su viejo velludo que, armado con un M-16, dispara desde el porche a los autoestopistas.

En este momento, como viene ocurriendo desde hace una semana, Rajiv descansa (o lo que sea que hacen los faquires sobre los colchones de clavos) en el vestíbulo del ático de Luchi Virumbrales. Es una tarde de principios de septiembre y, recostada en un tresillo de rattan, la célebre decoradora de interiores hojea una revista de ficus y cruza y descruza las piernas en tanto pulsas con insistencia el timbre de la puerta.

—Debe de ser Marieta, Rajiv. Haz el favor de abrir
—dice tras echarle un vistazo a un reloj de pared donde

dos imperdibles fucsias, uno más largo que el otro, marcan las seis sobre un fondo negro de satén.

El faquir permanece tumbado sobre el colchón de clavos como si tal cosa, pero no porque sea descortés o corto de oído, sino porque no comprende una palabra de español. Y es que Luchi sufre a veces accesos de desmemoria: lo mismo olvida que el silencio es la lengua materna de los ficus que extravía entre sus muslos los imperdibles fucsias del reloj.

—Leñe, Rajiv, qué fatiga —exclama mientras, camino de la puerta, hunde sus tacones en el pecho y los genitales del faquir, quien, con los ojos en blanco, se mantiene en trance—. La próxima vez que viaje a Amrayati me traeré un kangha¹ —sentencia antes de descorrer el pestillo y hallar a Marieta en compañía de una joven.

Imaginen ahora una muchacha menuda de ojos rasgados y labios cereza con el cutis cubierto de polvo de arroz; el cabello, recogido en un moño bajo y oscuro por dos varillas de madera en equis; los pies, vendados dentro de unas alzas y, sobre un vestido ceñido y estampado de orquídeas y tucanes, un cinturón ancho de seda anudado a la espalda. Sí, eso es, piensen en una geisha. Su nombre pudiera ser Hiroko, Momoko o Tomoko, pero antes de que saquen los pañuelos, será mejor que la llamemos Suzume y que este apunte termine como comenzó, con Suzume y Marieta al otro lado de la puerta:

—Luchi, querida, no te vas a creer lo que te he traído de Okinaua.

¹ Peine de madera.

—No me digas que...

—Sí.

—Eres un cielo, Marieta. Mua.

—Mua. Venga, pasad las dos; que yo también te tengo una sorpresa.

—Huau. ¡Un faquir con los ojos *escleróticos*! —dice Marieta, y, una vez evaporada la frase en la murria de la tarde, regresan a los ojos en blanco de Rajiv los iris y las pupilas, brillantes como opérculos de bígaro—. ¿Puedo probarlo?

—Claro, mujer.

El trío atraviesa el recibidor en fila india sobre el cuerpo yacente del faquir: primero, Marieta, con sus zapatos de piel de cocodrilo; tras ella, la anfitriona; y finalmente, Suzume, cuyos pies vendados, a pasitos como de gorrión de alas mojadas, provocan un cosquilleo a Rajiv, que se las ve y se las desea para que no asome a su tez curtida y pusilánime una sonrisa.

—Voy por los útiles entonces —se excusa Luchi— Vosotras sentaos.

Gobierna el tresillo de rattan un silencio de pagoda: Suzume se concentra en el avance de los imperdibles fucsias del reloj y de cuando en cuando busca de reojo a Rajiv, que, con la perspectiva del vestíbulo al fondo, parece a la geisha una jarapa de huesos y pellejos. Marieta, entretanto, aletea suavemente las pestañas sobre la revista de ficus. El tresillo de rattan es gobernado por un silencio de pagoda hasta que Luchi irrumpe en la estancia con un tintineo de cuchillos y agujas de tricotar.

—Con esto será suficiente —dice, y, en un periquete, deposita los utensilios entre las dos mujeres, sobre el tresillo—. Clávale algo, Marieta. Verás cómo no sangra.

—Me da un poco de grima.

—Anda, no seas tontina. Suelta esa revista y levántate.

Luchi acude al vestíbulo por Rajiv y, sujeto por las axilas, lo arrastra hasta los pies vendados de Suzume, de manera que se hace complicado discernir dónde terminan los pies de la geisha y dónde comienza el turbante del faquir. Marieta permanece de pie, a la expectativa, esgrimiendo un cuchillo como si fuera un estoque:

—Qué nervios.

—Vamos, date prisa, que si te lo piensas es peor.

—Bueno, pero antes de clavárselo que ponga los ojos *escleróticos*.

—¡Rajiv! —grita Luchi. Y, en lo que transcurre un parpadeo, desaparecen los iris y las pupilas del faquir bajo un telón blanco— Hecho. Esto es lo único en lo que me hace caso. Clávaselo.

El filo penetra en el pulmón izquierdo de Rajiv hasta la empuñadura con una asepsia de misa dominical. No hay sangre. Ni humores. Ni vísceras. Solo un hombre inmóvil de ojos *escleróticos* y clavículas salientes que, como un galeón su mástil, lleva un cuchillo clavado en el pecho.

—¿Ves cómo no pasa nada? Ya puedes sacárselo.

Marieta, siguiendo las instrucciones de Luchi, extrae con habilidad de matarife el cuchillo del cuerpo

del faquir, y sobre la piel de este queda a la vista de quien quiera mirar (todas menos Suzume, que desvía su mirada nipona hacia el reloj de los imperdibles fucsias) una grieta limpia. Se trata de un corte inocuo, una sima de apenas medio centímetro de anchura entre dos paredes de carne. Marieta acerca su rostro un tanto descompuesto al boquete y nota en su mejilla el aire que, a bocanadas, como una brisa tibia, escapa de las profundidades del pulmón.

—No pongas esa cara, mujer. Mañana como muy tarde habrá cicatrizado. ¿Te apetece atravesarle las aletas nasales con una aguja de tricotar?

—No, ya he tenido suficiente. Preferiría una taza de té.

—Voy a prepararlo.

—No, no te molestes, Luchi. Déjaselo a Suzume.

Da Marieta una palmada y, como consecuencia, la muchacha se incorpora y hace una reverencia teatral que produce arrugas y pliegues en el pico de un tucán y los tallos de varias orquídeas. Erguida, muy erguida, Suzume se dirige con pasos cortos y ágiles hacia la cocina. En la distancia, con los ojos desorbitados, Rajiv persigue los pies envueltos en vendas de la Geisha, que aparentan dos conejos de indias sobre patines.

—Voy a ayudarla —dice Luchi—. La pobre no sabe dónde está nada.

—No es necesario, querida. Las geishas son autosuficientes.

—Los faquires en cambio —expone la anfitriona— no resultan muy útiles, pero lucen una barbaridad en los

vestíbulos, y además no ocupan casi nada. Yo me traje a Rajiv de Amrayati en una *trolley*.

—¿Una *trolley*? —Marieta entreabre la boca como una faneca— Pues no he traído.

—Yo te la presto —se ofrece Luchi—. Tengo una de piel de cocodrilo que irá perfecta con tus zapatos. Ahí viene Suzume. Necesitará una mesa para dejar la tetera y las tazas: ¡Rajiv!, pon el vientre plano.

El faquir hace caso omiso, y Marieta, que es políglota, un poco a lo indio, le repite la orden en hindi. Rajiv, por iniciativa propia, se contorsiona en un pino puente ante el tresillo de rattan para acoger en su torso desnudo la tetera ardiente y el par de tacitas verdejas que Suzume, tras extender en círculos concéntricos un poco de su saliva sobre la piel tersa del faquir, deposita con delicadeza sobre su vientre.

—¿Rajiv es encantador? —pregunta Marieta.

—No, qué va. Es un rato antipático.

—Me refiero a si encanta serpientes.

—Ah, eso. Que yo sepa no.

—¿Y de qué se alimenta?

—De alcayatas. Sólo de alcayatas.

En el ínterin, mientras las mujeres charlan, Suzume alza con intermitencias la tetera del vientre de Rajiv y, como un viento de la provincia de Mie, despega los labios de color cereza y sopla con suavidad la piel en carne viva del faquir. Este, en su rol de mesa auxiliar, permanece rígido e impasible, con los ojos blancos como almendras de calamar.

—¿Y es limpio?

—Muchísimo. Toma duchas de vidrios rotos tres veces al día.

—Pues Suzume se baña con flores de sakura — presume Marieta antes de fruncir la boca y darle un sorbito a su té—. Tres veces también. Vas a tener que disculparme, Luchi —dice fija en los imperdibles fucsias del reloj—. Se está haciendo tarde y aún tengo que visitar a Dori. ¿Sabes? Se trajo un esquimal de Groenlandia y la primera noche el muy bruto hizo un agujero en la tarima del salón para pescar. El vecino de abajo subió hecho un basilisco con su policía *montado* del Canadá.

—¿Un policía *montado*?

—Sí, hija. Viajar está ya al alcance de cualquiera. Entonces, habíamos quedado en que me prestabas una *trolley*, ¿no?

—Ahora mismo te la traigo.

Luchi se incorpora y sale del salón. En el tresillo de rattan, Marieta retoma la revista de ficus, que se encuentra junto a los cuchillos y las agujas de tricotar.

—Haz el favor de comportarte, Suzume —alienta, sin despegar la mirada de la revista, a la geisha, que sigue sopla que te sopla las quemaduras de Rajiv—. Y no olvides darte todas las mañanas los polvos de arroz. Luchi deplora a las personas desaseadas.

La geisha, arrodillada, humilla la cabeza y asiente varias veces. Las varillas en aspa que recogen su moño parecen dos guiñoles negros y escuálidos saludando al público. Al fondo, Luchi aparece con la maleta de piel de cocodrilo a rastras.

—Es la hora, Rajiv —dice tras abrir la cremallera—. Tienes que irte.

Suzume termina de retirar con parsimonia la tetera y las tazas verdejas del vientre del faquir y le aplica en las heridas una última dosis de saliva. Rajiv roza un instante la mano derecha de la geisha con su izquierda y, sin necesidad de que Marieta le repita la orden en hindi, cierra los ojos, se pone en pie y se atusa el turbante Sikh. Levanta luego la pierna izquierda y, en una torsión improbable, se la lleva detrás del cuello. Hace lo propio con la derecha. Con las palmas de las manos, cual araña blanca gigantesca, camina a ciegas hasta la *trolley* y hace encajar dentro su cuerpo hiperlaxo. La cremallera se cierra sobre otro, o quizá sea el mismo de antes, silencio de pagoda. Sólo entonces, en la oscuridad, el faquir nota en el tórax un hormiguelo que por momentos se vuelve fútil opresión, como si sus pulmones se expandieran, el primer indicio inequívoco de que el amor duele.